

¿Mitificación del SIDA?

Cristóbal Sarrias *

LA realidad del SIDA se nos impone, y las estadísticas empiezan a ser escalofrantes. El «síndrome» ha adquirido carta de naturaleza en todos los países, y los científicos se devanan los sesos por descubrir la manera de detener su marcha arrolladora. Los trabajos de Galli y de Montaigner, junto con sus equipos, no han llegado más allá que a la declaración de impotencia, ante este retrovirus que escapa a todas sus manipulaciones.

En Estados Unidos, por poner un ejemplo, se ha pasado del diagnóstico de 83 casos en 1981, con 31 fallecimientos, a 30.704 casos diagnosticados en 1990, con 22.236 muertes. Se ha contabilizado en estos diez años un total de 104.277 muertes conocidas, partiendo de la base de que solamente se declaran en este país un 80 por 100 de los casos.

Pero en otros países es todavía más impresionante. Se calcula en 1991 un total de 345.533 casos en un conjunto de 165 países, y se tiene conciencia de que en Africa solamente se han podido controlar un 10 por 100 de ellos.

* Jesuita. Escritor y crítico literario. Barcelona.

¿Contagio?

AUNQUE en estas líneas no queremos ni podemos entrar en el análisis del problema desde el punto de vista médico, ni en el estudio en profundidad de sus causas, si quisiéramos destacar que, según las más recientes estadísticas, entre 1981 y 1990, el 59 por 100 de los casos eran debidos a la homosexualidad masculina, el 22 por 100 al abuso de drogas, el 7 por 100 a la mezcla de los dos, y el resto se reparte entre heterosexuales, hemofílicos, transfusiones de sangre y otras circunstancias. Y entre los niños, en el mismo período de tiempo, el 5 por 100 se debe a la hemofilia, el 84 por 100 al contagio por una madre portadora de SIDA, y un 9 por 100 a las transfusiones. Que hayan fallecido en este período de tiempo 2.786 niños es un hecho que debería dar que pensar.

Los expertos, para mayor abundamiento, al considerar que muchos casos no están controlados en manera alguna, consideran, que en este momento, hay de 8 a 10 millones de personas afectadas por el virus, y se piensa que aumentarán en más de 3 millones en 1993.

Es cierto que estas estadísticas se ven aumentadas por los casos que se dan especialmente en Africa, donde se cree que un 20 por 100 de los adultos está infectado, especialmente en Lusaka (Zambia), y Kampala (Uganda), y que la mayoría de ellos se da en heterosexuales (Africa, Latinoamérica, Caribe), pero en Estados Unidos y en la Europa Occidental, aparece sobre todo en los homosexuales, o en muchos casos de bisexualidad. Insistiendo siempre en el bajo nivel de los que declaran abiertamente su enfermedad (1).

¿Se mitifica?

ESTAS líneas están dictadas de manera especial por la preocupación de ver que, de un tiempo a esta parte, se ha ido mitificando de un modo extraño a los que se declara portadores del SIDA, si pertenecen al mundo de los «famosos».

(1) Para todos estos datos, ver *The Universal Almanac 1992* (John W. Wright General Editor). Andrews and MacMeels, Kansas City, New York, 1992, pág. 268.

Desde el caso de Rock Hudson pasando por el de Magic Johnson, o el más reciente de Anthony Perkins, sin hablar de muchos más sobradamente conocidos, estamos asistiendo a una escalada de exaltaciones, de quienes se sabe que están contagiados por la enfermedad, sin que se analicen las causas, que muchas veces son, simplemente, inconfesables.

No quisiéramos caer en la trampa de unas condenaciones apocalípticas, que no llevan a nada, pero sí que creemos que se debe llamar la atención sobre los motivos por los que tanta gente «famosa» ha entrado en el círculo infernal del virus.

Y así, cuando leemos obras como la de Reinaldo Arena, *Antes de que anochezca* (Tusquets), y conocemos la opinión que le merece a un crítico como Maurice Nadeau en *La Quinzaine litteraire* (... *Uno de los libros más fuertes que puede leerse hoy en día: estremecedor por su sinceridad, por la audacia de la intención y por la firmeza de la escritura*) quedamos sumidos en la mayor de las perplejidades.

La obra de Reinaldo Arenas, escritor cubano perseguido por Castro y homosexual declarado, abunda en páginas donde solamente se habla de las relaciones homosexuales concretas. Es su testamento literario (?), y poco antes de suicidarse en Nueva York, en plena fase terminal del SIDA, escribe:

Yo pensaba morirme en el invierno de 1987. Desde hacía meses tenía unas fiebres terribles. Consulté a un médico y el diagnóstico fue SIDA. Como cada día me sentía peor, compré un pasaje para Miami, y decidí morir cerca del mar (2).

Y esto le justifica el escribir un libro terrible, en el que narra su aventura humana desde la niñez, con referencia constante a lo que había de ser la causa de su muerte. No tiene pudor alguno en presentarse a sí mismo y a los principales escritores de su época (Virgilio Piñera, Lezama Lima...) como personas declaradamente homosexuales.

Podría aceptarse que lo hiciera, como sucede en otros autores (3), pero la insistencia de Arenas resulta insoportable por la crudeza de las descripciones, y por el bajo nivel moral (mejor diría, nulo), que rezuman todos los capítulos.

(2) Reinaldo Arenas: *Antes de que anochezca*. Tusquets, Barcelona, 1992, pág. 9.

(3) Ver p.e. George D. Painter: *Marcel Proust. Biografía*. Lumen, Barcelona, 1992, 750 págs., donde se habla de la homosexualidad de M. P.

Produce la impresión de que se quiere vengar del mal contraído, y de la muerte que le amenaza, recreándose en este constante revolcarse en una sexualidad incontrolada con amigos, chicos de la calle, reclutas de cualquier batallón, en la interminable cadena de alusiones y descripciones de una crudeza absoluta.

No hay manera de comprender con qué razón Michel Braudeau, en *Le monde*, escribía a propósito de esta obra que *la libertad, al igual que la belleza, siempre se paga muy cara*. Por buen escritor que sea el autor de *Celestino antes que el alba* u *Otra vez el mar*, esta última obra, *Antes de que anochezca*, es la acumulación de agónica pornografía, hasta la náusea.

Pero el libro de recuerdos de Reinaldo Arenas, donde se habla sin rebozo de las causas que le llevaron al SIDA, no es único. La obra de Jaime Gil de Biedma *Retrato del artista en 1956* (4) es también la detenida descripción de su paso por todos los burdeles de chiquillos apenas adolescentes, en Filipinas. Por buen escritor que haya sido el autor barcelonés, no es de recibo editar después de su muerte, a causa del SIDA, unas páginas que le presentan como un hombre atormentado por su manera de ser, que no puede reprimir el descender a los niveles de los bajos fondos más patéticos.

A este respecto vale la pena recordar la contención y respeto con que Juan Gil Albert trata de este tema en *Heracles. Una manera de ser*, que contrasta con la falta de contención, o el deseo de exhibicionismo de varias de las últimas obras y traducciones que llevan la firma de Luis Antonio de Villena.

Y se acumula a esta escalada la publicación de los dos libros de Hervé Guibert *Al amigo que no me perdonó la vida* (Tusquets) y *El protocolo compasivo* (Tusquets).

Hervé Guibert se sirvió de un programa de crítica literaria, de gran audiencia en Francia, *Apostrophe*. Pivot llevó siempre con habilidad un espacio televisivo dedicado a la presentación de un problema, con protagonistas muchas veces eminentes. Algo así como nuestro programa *La clave* de José Luis Balbín.

Cuando falleció de SIDA el filósofo Michel Foucault, declarado homosexual, Hervé Guibert se presentó como uno de sus últimos compañeros, declarado homosexual, y en el primero de los libros citados describió

(4) Jaime Gil de Biedma: *Retrato del artista en 1956*. Lumen, Barcelona, 1990.

el proceso que le llevó a él a contraer la misma enfermedad del filósofo. Inspiraba compasión aquel joven, aspirante a hombre de letras, hablando de su muerte próxima, y levantó una ola de admiradores y admiradoras, que le elevaron a una categoría literaria de la que carecía. Pero era una especie de muerto viviente que se ofrecía en espectáculo, y que despertó asombro por su frialdad, su aceptación de lo irremediable, y su declaración abierta de las causas que le llevaron a aquel estado.

Pero tanto su primera obra como *El protocolo compasivo* (5) no pasan de ser pobres muestras de una literatura mediocre, por muy testimoniales que parezcan. Guibert pudo vivir de la fama y el dinero en los últimos tiempos de su vida, porque, como hemos indicado al principio de estas líneas, pudo alcanzar los límites de la mitificación.

Si en *Al amigo que no me perdonó la vida* parecía rebelarse contra su propio destino, en *El protocolo compasivo* se declara derrotado, y no perdona detalle para dar a conocer su hundimiento físico y moral.

Se describe desde las primeras páginas como alguien que va

perdiendo todos los días la capacidad para hacer un movimiento con la que contaba la víspera, sufriendo al alzar el brazo para peinarme, apagar la lámpara del cuarto de baño, poner o quitarme la manga de un traje, sin poder correr ya desde hacía mucho para alcanzar un autobús, se volvía un tormento subir el escalón aferrándome a la barra y después alzarme del asiento para apearme en la parada, imposible bajar el cristal de un taxi o abrir la portezuela de par en par, salvo de una patada, para montar o bajar..., y luego qué dolor para salir, sin fuerzas ya en los dedos para abrir o cerrar la puerta con doble giro de la llave, descorchar una botella de «champagne», abrir una Coca-Cola, hacer pasar el aire a presión bajo una tapa para que cediera, ya no podía hacer estos movimientos salvo a costa de gesticulaciones y esfuerzos aparatosos, un cuerpo de anciano había tomado posesión de mi cuerpo de hombre de treinta y cinco años... (6).

Una impotencia física que se va degradando. Pero Hervé Guibert sigue entregado a su actividad homosexual, aunque se encuentre acosado por la enfermedad, y a pesar de los agobios de las pruebas y medicamentos que le asfixian, sigue en sus aspiraciones, aun a costa de sus instintivas repugnancias.

(5) Hervé Guibert: *El protocolo compasivo*. Tusquets, Barcelona, 1992, 208 págs.

(6) Hervé Guibert: *El protocolo compasivo*. Tusquets, Barcelona, 1992, págs. 9-10.

Sigo teniendo emociones estéticas y eróticas, en la calle, al cruzarme con muchachos, pero la eventualidad de la sexualidad me parece imposible o intolerable. Temo ensuciar a un muchacho, y temo que un hombre me lastime... Cuando veo el hermoso cuerpo desnudo, carnoso, de un albañil en una obra, no sólo me gustaría lamer, sino también morder, jamar, masticar, tragar. No descuartizaría, según la moda japonesa, a uno de estos obreros para apretujarlo en mi congelador: me gustaría comerme la carne cruda y vibrante, cálida, dulce e infecta (7).

La reacción supone una desesperación íntima, y, por supuesto, no incluye el más mínimo rechazo a la homosexualidad, sino todo lo contrario. Y no se trata, por nuestra parte, de hacer una crítica a esta «manera de ser», sino del abuso ciego de unas relaciones que deben ser tenidas como algo más serio, más íntimo, menos caótico. Hervé Guibert, ciertamente, no habla con la instintiva, desenfrenada y brutal crudeza de Reinaldo Arenas en la obra que hemos citado (8), pero está al mismo nivel, aunque sea menos «selvático».

En otro momento dirá, al encontrarse con un muchacho árabe que había sido su amante, años antes:

Estaba tomando un té con Gustave bajo el cenador, cuando se ha oído el ruido de una moto (Guibert está a pocos días de su muerte, y lo cuenta al final de su libro, pág. 142). Desembocando de entre los arbustos, rodeando lentamente el claustro, apareció la moto roja, montada por su jinete, Djanlouka. Conocí y amé a Djanlouka, cuando era niño: era un vecino del barrio pobre..., era tan fresco, tan alegre, tan cristalino, le hacía crêpes, me obsesionaba hasta tal punto que pasé una noche con lo que creía que era su slip, que había cogido de la cuerda del tendedero... (9).

Para continuar unas páginas más tarde, cuando regresa a visitarle Djanlouka, después de unos años de ausencia:

De su presencia se desprendía algo inquietante. Fue al grano, me explicó, violento, el objeto de su visita: quería ver más que los otros, quería verlo todo y no sólo divisar de lejos, detrás de la verja, rodeando el claustro con su moto roja. Me pidió que me mostrara desnudo ante él, completamente desnudo, para ver lo que era y me prometió no contárselo a nadie. Vacilé y al final acepté, pero con una condición: que se desnudara él también para que yo

(7) O. c., págs. 82-83.

(8) O. c., ver especialmente cap. titulado *El erotismo*, págs. 120 y siguientes.

(9) O. c., pág. 140.

podiera contemplar su cuerpo sin tristeza, mientras él se regodearía con el espectáculo de mi esqueleto. Aceptó el trato. Nos desnudados frente a frente en la terraza, yo procurando no caer al suelo al quitarme el vaquero de una pierna y después de la otra; como por arte de magia, mientras yo seguía esforzándome para desnudarme, apareció desnudo, espléndido y puro. Me lo bebí con los ojos y él, una vez quedé desnudo, se puso a observarme de pies a cabeza... De repente Djanlouka me dijo que quería arriesgarse a morir. Había venido para eso. Había traído un condón... Me puso de pie de buenas a primeras y echó mi cuerpo sobre el borde de la cisterna... Cuando me hubo gritado su goce en una oreja..., se volvió a vestir rápido y se marchó en su moto roja (10).

Evitamos la crudeza de la escena con los puntos suspensivos.

En agosto de 1990, escribe las últimas líneas de su libro, abundante en nostalgias y en insistencias sobre una película en la que se filmará su decadencia física..., y su muerte. Esta acaeció en diciembre del mismo año. ¡Qué diferente la presentación del problema en la novela/crónica de Dominique Lapierre, *Más grandes que el amor* (11). El autor de *La ciudad de la alegría* se presenta en ella como un buen conocedor de la situación de los afectados por el SIDA, pero se esfuerza en dar lecciones de esperanza, sin dejarse llevar por la complacencia de unas situaciones inaceptables. Habla de los esfuerzos de las hermanas de la madre Teresa de Calcuta, y de su entrega a los más desahuciados, y de la conversión que se va operando en ellos gracias a los cuidados y a la fe de estas humildes religiosas.

Junto a tanta literatura que se esfuerza por mitificar medianías, solamente por el hecho de padecer el SIDA, contraído por sus excesos sexuales, Lapierre da un aliento de confianza a un mundo que necesita mirar a esta enfermedad como algo que le ha enseñado a respetarse más, y a tomar muy en serio la sexualidad, sea del signo que fuere.

El SIDA puede no ser un «castigo divino», pero sí una muestra de la insensatez humana, por la elevación a categoría de mito a los famosos que lo han contraído con la búsqueda del placer, sin un freno y una moderación que pide la ética más elemental.

Y es la misma sociedad que deja morir a los millares de enfermos de los países no desarrollados, o margina desconsideradamente a las pobres

(10) O. c., págs. 146-147.

(11) Dominique Lapierre: *Más grandes que el amor*. Planeta/Plaza & Janés, Barcelona, 1990, 339 págs.

gentes que, por ignorancia o por el caos social, han caído en las redes de la plaga de nuestro siglo.

No quisiéramos ser considerados apocalípticos, ni hemos exagerado en esta breve nota. Los textos aducidos se multiplican en cantidad y crudeza en éstas y otras obras, que se exhiben con bombo y platillo, como muestras de valentía o, lo que es peor, de hombría. Y estarán de acuerdo con nosotros que es todo lo contrario.